

## PARA PROFUNDIZAR MÁS EN JUAN 15, 1-8.

**1. El contexto:** Estos pocos versículos forman parte del gran discurso de Jesús a sus discípulos en el momento íntimo de la última cena, que comienza en el capítulo 13 prolongándose hasta todo el capítulo 17. Se trata de una unidad muy estrecha y profunda, exclusiva de este Evangelio, que resume toda la revelación de Jesús en la vida divina y en el misterio de la Trinidad. Es el texto que dice lo que ningún otro texto de las Sagradas Escrituras es capaz de decir en relación a la vida cristiana, su fuerza, sus deberes, su gozo y su dolor, su esperanza y su lucha en este mundo y en la Iglesia. Pocos versículos, pero rebosantes de amor, de aquel amor hasta el final, que Jesús ha decidido vivir con los suyos, con nosotros, hoy y siempre. La fuerza de este amor, como supremo y definitivo gesto de ternura infinita, contiene en sí todo otro gesto de amor: el Señor deja a los suyos un modo nuevo de existir. A través de la parábola de la vid y de sus sarmientos, y a través del verbo permanecer, nos dice que, aunque él vuelve al Padre, permanece dentro de nosotros.

**2. El verdadero discipulado (15, 1-17).** Este pasaje se ocupa de precisar cómo debe ser el auténtico discípulo(a) de Jesús. Existen claros indicios para dividir esta sección en dos partes. En la primera (Jn 15,1-8) se entremezcla el material alegórico, la vid y los sarmientos, con el lenguaje directo, que presenta a Jesús como el *Yo soy*. La segunda (15,9-17) tiene como denominador común el pensamiento del amor. En conjunto, ambas partes, son una predicación del Resucitado.

**3. No quedarnos sin savia.** La imagen es de una fuerza extraordinaria. Jesús es la “vid”, los que creemos en él somos los “sarmientos”. Toda la vitalidad de los cristianos nace de él. Si la savia de Jesús resucitado corre por nuestra vida, nos aporta alegría, luz, creatividad, coraje para vivir como vivía él. Si, por el contrario, no entra en nosotros, somos sarmientos secos. Nuestra primera tarea hoy y siempre es, pues, “permanecer” en la vid, no vivir desconectados de Jesús, no quedarnos sin savia, no secarnos más. ¿Cómo se hace esto? El evangelio lo dice con claridad: hemos de esforzarnos para que sus “palabras” permanezcan en nosotros. Es necesario leer y meditar las palabras de Jesús. Sólo el acercamiento frecuente a los evangelios nos hace ir aprendiendo poco a poco a vivir como él, nos va poniendo en sintonía con Jesús, nos contagia su amor al mundo, nos va apasionando con su proyecto, va infundiendo en nosotros su Espíritu. Esta meditación personal de las palabras de Jesús nos cambia más que todas las explicaciones y discursos. Las personas cambiamos desde dentro. Y quizás éste sea uno de los problemas más graves de nuestra religión: no cambiamos. Sólo lo que pasa por nuestro corazón cambia nuestra vida; y, con frecuencia, por nuestro corazón no pasa la savia de Jesús. La vida de la Iglesia se trasformaría si todos los creyentes tuviéramos como libro de cabecera los evangelios de Jesús. Tenemos que “permanecer en él”, es decir, aplicar toda nuestra atención al Evangelio y alimentar en nuestras comunidades el contacto vivo con él para no desviarnos de su proyecto del Reino. ¿Qué nos pasa que muchas veces la vida de Jesús no corre por nuestras comunidades y nuestros corazones? ¿En qué nos distraemos tanto?

**4. Jesús nos desafía:** Jesús, valiéndose de la imagen de la viña, invita a los suyos a permanecer unidos a él. Pero no es una unidad cerrada o, simplemente, para estar a gusto. Es la unidad de la comunión fraterna que es capaz de enfrentar todas las dificultades que amenazan a la comunidad de discípulos(as): el acomodo y la vida fácil, el buscar afianzarse en la tradición que da seguridad. Jesús nos desafía a abrirnos al riesgo de lo nuevo, nos desinstala, nos lanza a la aventura del presente y a la inseguridad del futuro. Sólo la unidad fraterna en torno a Jesús es la garantía de una vida auténtica. No hay más seguridades, ni jurídicas, ni políticas, ni doctrinales. El signo que hará creíble el mensaje de Jesús es la unidad de los creyentes que se expresa en la fraternidad y

solidaridad con los pobres para mejorar su calidad de vida. En un mundo dividido por las guerras genocidas, las injusticias escalofriantes, la sistemática violación de los derechos humanos, fruto del egoísmo y la ambición humana, la comunión fraterna, solidaria y misericordiosa será una luz que mantenga viva la esperanza de la humanidad.